

LA ARMONIA ENTRE LA CIENCIA Y LA FE

Por **EMILIO ROBLEDO**

(Discurso en el acto de entrega del título de Doctor Honoris Causa al Sr. Juan de la Cruz Posada).

Parece ser ya una verdad histórica que el poblamiento de nuestro territorio se efectuó en los siglos XVII y XVIII preferentemente, a juzgar por los informes de los visitadores reales, y por la lectura de la copiosa testamentaria que reposa en nuestro archivos. Con efecto, fray Jerónimo de Escobar, quien estuvo entre nosotros en 1582, informaba a la Corona que en la ciudad de Antioquia había hasta 17 vecinos únicamente, muchos de ellos inquietos; en Arma, diez o doce y en Caramanta seis o siete. No existían Medellín, Rionegro ni Marinilla, las cuales solo se constituyeron en núcleos urbanos en la segunda mitad de la centuria siguiente, y se iniciaban Zaragoza, Cáceres y Remedios, centros mineros que por la riqueza de sus yacimientos auríferos, atrajeron buen golpe de colonos.

Desde 1600 empezó a verse en este hermoso valle de Aburrá o San Bartolomé, una que otra labranza; y durante dicho siglo y el siguiente fueron llegando inmigrantes de las diversas provincias de España, en especial de las del norte. En general venían provistos de sus respectivas probanzas, en las cuales constaba que eran hijosdalgo notorios, honrados, cristianos viejos y limpios de toda mala raza, con lo cual querían ponerse a buen recaudo del calificativo de judíos, sambenito que iba a colgárseles varios siglos más tarde, sin el menor asomo de verdad.

Hasta aquí no llegaron como pobladores gentes de garnacha y golilla, ni empingorotados cortesanos. Quienes, llegados a Cartagena de Indias, se atrevían a desafiar las fragosas vías y las escarpadas montañas y llegaban a este riñón mediterráneo, eran hombres de pelo en pecho, resueltos a la lucha bravía con un medio hostil que, una vez dominado, les había de resarcir con bienestar y riquezas. Esto explica por que fueron desde entonces escasos entre nosotros los conflictos del trabajo. Los patronos y sus hijos, trabajaban a la par con los indios y negros; y los pocos encomenderos y dueños de cuadrillas de esclavos que hubo, trataban a sus gobernados con miramientos, y aun les dieron carta de manumisión, mucho antes que las ideas de dignidad humana y democracia se abrieran camino en el mundo.

Los españoles de apellido Posada llegaron a Medellín poco después de la fundación: el más antiguo de ellos, don Manuel, aparece co-

mo vecino de esta Villa hacia 1690; era burgalés, de Peña Rubia, y se apellidaba Berdayas de Posada; el otro procedía de Asturias y se llamaba también Manuel de Posada, pero no Berdayas sino Junco. Ambos progenitores vincularon sus nombres a la historia de Antioquia; de ambas familias han surgido clarísimos varones que han dado honor y lustre a la República; y una y otra debieron confundirse en sus orígenes, porque ambas a dos ostentaron en sus blasones y esculpieron en los cuarteles de su escudo la torre con la barra, donde se posaba el falcón, tal como lo describe el ingenuo romance que dice:

De Francia y real linaje
descendió el primer varón
que, soltando su falcón
le dijo que dó posase
quería hacer su habitación.
Hizo en Asturias Posada;
en aquel sitio y lugar
puso su casa y solar
que es de nobleza notado,
y de linaje real:
Un escudo colorado,
una torre en él dorada
traen de oro, matizada,
en una barra posado
el falcón, también dorado.

Del primero de los nombrados descende el Dr. Juan de la C. Posada, a quien honra hoy la Pontificia Universidad Bolivariana, al otorgarle el merecido título de Doctor **honoris causa** del glorioso instituto.

Nacido en el Sitio de San Lorenzo de Aburrá, que fue la cuna de Medellín, hoy el Poblado, hizo sus estudios en el colegio de San José, fundado en Marinilla, por el R. P. Miguel M^g Giraldo, y hecho famoso por el Dr. Rafael M^g Giraldo, primero, y más tarde por el egregio arzobispo Arbeláez, por don Lino de J. Acevedo y por el Dr. Justiniano Montoya. Después estudió matemáticas e Ingeniería en la Universidad de Antioquia, cuando la Escuela de Minas le estaba incorporada; y completó su carrera profesional en Berkeley, en la Universidad de California.

Una ardua tarea de promotor y de lucha, pero también de triunfos, le esperaba a su regreso al país, al enfrentarse con la gerencia de empresas mineras, como la de **El Zancudo**; de trasportes, como el **Ferrocarril de Antioquia**; de urbanismo, como las **Empresas Públicas Municipales de Medellín**, y al organizar desde su iniciación, la potente **Compañía Colombiana de Tabaco**. Fue tan eficiente el éxito de sus labores, que cuando se le preguntó al Dr. Nemesio Camacho, otro colombiano profesor de energías, por su candidato a la Presidencia de la República, no tuvo embozo en decir que, como lo que al país le importaba en ese alto cargo era honradez y buena administración, él vo-

taría con todo gusto por el Dr. Posada, no obstante ser su adversario político.

Otras actividades más acordes con su índole ocuparon su atención: las del profesorado. En la Escuela Nacional de Minas, institución formadora de gerentes y en la Pontificia Universidad Bolivariana y en la Universidad de Antioquia, fue paradigma de dignidad y competencia, exaltando la cultura desinteresadamente, publicando estudios de investigación sobre geología y antropogeografía, glorificando la ciencia, e inculcando en las nuevas generaciones la idea nobilísima de que ilustrarse y mantener vivo el deseo de conocer, es una de las razones principales de nuestra vida.

Más no serán todos estos méritos, con ser reales y eminentes, los que a mi juicio han de hacer perdurable en la memoria de las gentes, el nombre de este compatriota ilustre; sino los que corresponden como plasmador de un hogar como los de la promesa bíblica; que ha contribuido a que Antioquia continúe siendo guión en el concepto de extraños por el número y calidad de sus familias, que son pilares de la República. Por de contado que en estas nobles empresas del hogar, correspondió un papel de primer orden a su dignísima esposa, cuya muerte se llevó la mitad de su alma, *demidium mea* y por cuya presencia en este sitio y en este momento, trocara de buen grado todos sus lauros.

Más como quiera que en solemnidades de tan hondo sentido educativo como esta en que nos hallamos, no debemos concretarnos exclusivamente a frases apologéticas, sino que se debe abordar alguna tesis cuyo esclarecimiento contribuya a ilustrar el criterio de las generaciones que vienen atrás, con vuestra licencia voy a emitir algunos conceptos acerca de la armonía entre la ciencia y la fe, tema que considero oportuno, pues se trata de honorificar a un profesor que, siendo hombre de ciencia auténtico, es a un mismo tiempo creyente sincero y católico a macha martillo.

El problema de las relaciones entre las creencias y la ciencia es uno de los más trascendentales y angustiosos de cuantos preocupan a los pensadores; y el porvenir de la humanidad civilizada dependerá de la solución que se le dé a esta pregunta: Existe incompatibilidad entre estas dos manifestaciones del espíritu humano?

Varios campeones de la evolución han respondido a esta pregunta con una culpable ligereza. Como según ellos la creación del mundo organizado no es obra de un Creador sino de la sola fuerza de la selección, que ha producido la casualidad, la Religión, que considera la enseñanza de los deberes y obligaciones para con la Divinidad como base esencial de la educación, será mentira y en lugar de atenernos al Hexamerón de Moisés, debemos elevar altares a Haekel, el autor de la nueva historia de la creación.

Para convencer de error de quienes piensan que hay verdadero conflicto entre la biología y la religión, que es decir entre la ciencia y la fé, importa demostrar, siquiera a grandes rasgos, que la biología tiene límites inferiores, laterales y superiores; que tiene fronteras, más allá de las cuales se encuentran los otros conocimientos a los cuales, por consiguiente, no estorba ni contradice.

Tales investigaciones no son inútiles, pues importa al progreso de cada ciencia el que sus métodos sean bien definidos y sus problemas enunciados con claridad.

La biología tiene límites inferiores que son aquellos que la separan de las ciencias físico-químicas. Bastaría para convencernos de esta verdad apelar al testimonio de Claudio Bernard, nada sospechoso a los racionalistas, quien afirma que "Lo que caracteriza a la máquina viviente no es la naturaleza de sus propiedades físico-químicas; es la creación de esta máquina según una idea definida. Esa agrupación se hace por fuerza de las leyes que regulan las propiedades físico-químicas de la materia; pero lo que es esencialmente del dominio de la vida, lo que no pertenece ni a la física ni a la química, es la idea directriz de esta evolución vital".

Las leyes químicas no pueden bastar a explicar la vida, agrega Fonsegrive: Así nos lo enseña la experiencia misma. Los descubrimientos de Pasteur han arrojado al dominio de las teorías muertas, desmentidas por los hechos, la tesis de las generaciones llamadas espontáneas. Todo ser vivo procede de otro vivo: tal es la ley que se desprende de todos estos experimentos, no menos admirables a los ojos del filósofo, que instructivos a los del médico y fecundos para la humanidad. No se puede, en consecuencia, pasar del dominio de las cosas muertas, al dominio de los seres vivos.

Uno de los límites laterales de la biología lo constituye la moral o ciencia del bien, que puede ser ignorada por aquélla, pero cuya existencia no tiene derecho a negar.

Y qué decir de la Psicología? Que los hechos de conciencia, según el testimonio de Cousin, forman un mundo aparte, y la ciencia de estos hechos debe ser distinta de todas las otras creencias, inclusive la fisiología. Dicha ciencia, distinta de la biología por sus métodos y medios de investigación, tiene por lo mismo un objeto particular, distinto del objeto de la biología; porque si ésta trata de las leyes de los fenómenos comunes a todos los seres vivos, la psicología estudia los fenómenos del hombre, que no tienen análogos en los otros seres vivos y sus leyes. En especial el psiquismo superior, propio del hombre, es la consciencia sintética del bien y de lo bello, es el razonamiento que aplica conscientemente las ideas universales, abstrayendo, deduciendo y sabiendo por qué; es la decisión libre; en síntesis: es la ciencia de la voluntad y la conciencia.

Entre los seres innumerables que lo rodean, sólo el hombre es capaz de asimilar la obra de los antepasados, de aprovechar de los conocimientos que han adquirido, de comprender el pasado y prever lo por venir: en una palabra, de progresar por la comparación de las cosas.

Qué ingenio y qué paciencia han sido menester al hombre desnudo, inerme e inhábil de los tiempos prehistóricos, para realizar poco a poco la conquista del mundo, de las cosas y los seres que lo rodean, todos ellos sus enemigos natos.

Quién hubiera podido adivinar, en presencia de los mamunts y megaterios gigantescos, que aquel ser débil que en lugar de inclinarse

hacia el suelo osaba levantar sus ojos a la bóveda estrellada, domaría un día todo eso!

Son asimismo límites laterales de la biología la literatura y la estética, la historia, la sociología y el derecho.

El primero que en Francia rompió con el naturalismo biológico fue Paul Bourget, el conocido literato, en su meditada introducción a *Le Disciple*. "En este tiempo de conciencia alterada —dice— y doctrinas contradictorias, conviene adherirse como a tabla de salvación a la frase sagrada: "Por los frutos conoceréis el árbol". Hay una realidad de la que no se puede dudar, porque se la posee, se la siente, se la ve en cada momento: es el alma. Entre las ideas que nos asaltan hay algunas que hacen esta alma menos capaz de amar, menos capaz de querer: Tengamos por seguro que estas ideas son falsas, por sutiles que parezcan, por bellos que sean los nombres que las amparan, por mágicas que nos las presenten eximios talentos. A los que nos dicen que detrás de este océano de misterio está la nada, el negro abismo de la muerte, tengamos el valor de contestar: eso no lo sabéis vosotros. Y ya que sabemos, que hemos probado que tenemos un alma, luchemos porque ella no se nos muera antes que nosotros mismos".

La biología tiene como límites superiores las ciencias del espíritu o sean las matemáticas, le geometría y la lógica; pero sobre todas éstas se encuentra la metafísica, o sea la ciencia de las causas primeras, contra la cual se han ensañado Augusto Comte y toda la escuela positivista, llegando a negar su existencia porque no podía hacer parte de la biología.

En fin, límites superiores de la biología son igualmente la teología y la religión y los conocimientos revelados.

Son numerosas las cuestiones cuya solución interesa vivamente al hombre y que no pueden ser resueltas por ninguna de las ciencias que hemos nombrado: porque si la físico-química nos ilustra sobre la conservación actual de la energía en medio de sus múltiples transformaciones, es incapaz de decirnos cuándo, por qué y cómo ha comenzado dicha fuerza; cuándo, por qué y cómo terminará o no; si es o no, eterna e indestructible; si ha sido creada o si será amiquilada.

La biología, mejor informada a la luz de los descubrimientos más recientes, podrá comprobarnos la existencia de ciertos grados de evolución en determinados casos; pero es incompetente para decirnos cuándo, por qué y bajo qué forma ha comenzado dicha evolución y si ella tendrá o no, fin; la psicología nos demuestra la existencia del libre albedrío, de las ideas de lo bello y del bien, y nos enseña que somos seres responsables; pero ignora el destino preciso de este ser; ignora de dónde viene, hacia dónde va; morirá? En fin, la metafísica nos conducirá a la idea de un infinito que es Dios; pero todas las cuestiones de la Providencia, de creación, de intervención, de juicio... se le escapan y se le escapan siempre.

Cada ciencia deja en pos de sí, lo que Littré llamaba un residuo. Luego siendo limitado el conocimiento científico y filosófico, dice Fouillée, quedará siempre más allá una esfera abierta a las creencias. Y son estas ciencias misteriosas y desconocidas, declaradas inaccesi-

bles por las ciencias positivas, las que la religión quiere hacernos conocer.

No hay, cierto, ninguna humillación para el sabio, el admitir este principio y dejarle el campo libre en su dominio. Este pensamiento lo ha expresado bellamente Julio Soury cuando dice: "Por qué el hombre de reflexión, el sabio ateo, en el sentido íntimo de la palabra no se mezclaría a la multitud de sus hermanos, no se arrodillaría en aquel pavimento de las catedrales donde su madre lo condujo de niño?..... Mientras más sabio es el hombre de ciencia —agrega— más conciencia tendrá de su ignorancia y de su nada, y hallará más digno de él y de sus padres el inclinarse reverente sobre la losa de la antigua iglesia, postrado en un espasmo de piedad y de humildad infinitas".

Pero sin duda quien a mi juicio ha expuesto con mayor claridad la diferencia que hay en los diversos dominios de nuestros conocimientos, y cómo las ciencias no pueden ser un estorbo a las investigaciones científicas, fue Pasteur. Llamado a ocupar en la Academia francesa el sillón que había quedado vacío por la muerte de Littré, como católico sincero tuvo que combatir las ideas del más ilustre de los discípulos de Augusto Comte:

"..... Por lo que a mi toca —dice— que pienso que las palabras **progreso** o **invención** son sinónimas, me pregunto en nombre de qué nuevo descubrimiento, filosófico o científico, se pueden arrancar del alma humana esas arraigadísimas creencias. Parécenme ellas de esencia eterna porque el misterio mismo que envuelve el universo y del cual son ellas una emanación, es eterno por su naturaleza.

"Cuéntase que el ilustre físico inglés Faraday, en las lecciones que daba en el Instituto Real de Londres, jamás pronunciaba el nombre de Dios, no obstante ser profundamente religioso. Un día por casualidad, se le escapó este nombre, y súbitamente se manifestó en el auditorio un movimiento de aprobación simpática. Advirtiéndolo Faraday e interrumpió su lección con estas palabras: Acabo de sorprenderos al pronunciar aquí el nombre de Dios. Si esto no me ha sucedido antes es porque en estas lecciones soy un representante de la ciencia experimental. Pero la noción de Dios y el respeto a El llegan a mi espíritu por vías tan seguras, como las que nos conducen a las verdades del orden físico.

"La ciencia experimental es esencialmente positivista, en el sentido de que en sus concepciones hace intervenir la consideración de la esencia de las cosas, del origen del mundo y de sus destinos. Ni de ello tiene necesidad, pues bien sabe que nada tendría que aprender de ninguna especulación metafísica. Sin embargo, ella no se priva de la hipótesis. Por el contrario, nadie hace más uso de ésta que el experimentador; pero, es solamente a título de guía y de estímulo para la investigación y bajo la reserva de una rígida contraprueba. El experimentador desdeña y rechaza sus ideas preconcebidas tan pronto como la experimentación le demuestra que ellas no corresponden a las realidades objetivas.

"Littré y Augusto Comte creían o hicieron creer a los espíritus superficiales, que su sistema reposaba sobre los mismos principios que el método científico cuyos verdaderos fundadores son: Aristó-

teles, Galileo, Pascal, Newton, Lavoisier. De aquí ha venido el error, favorecido por las garantías que ofrecían la ciencia y la buena fe de Littré.

.....

“¡A qué errores no puede conducir esta pretendida identidad de los métodos!

“A vueltas de varias vacilaciones, Littré define el positivismo, considerado desde el punto de vista práctico así: “Yo llamo positivismo a todo lo que se hace en la Sociedad para organizar en conformidad con la concepción positiva, esto es, científica del mundo”.

“Estoy dispuesto a aceptar esta definición siempre que de ella se haga una aplicación rigurosa, pero el gran vacío del sistema consiste en que en la concepción positiva del mundo no se tiene en cuenta la más importante de las nociones positivas: la del Infinito.

“Qué hay más allá de esa bóveda estrellada? Nuevos cielos estrellados. Bien. Y más allá?... El espíritu humano, impulsado por una fuerza invencible, jamás dejará de preguntarse: qué hay más allá? Imagínese a veces poder detenerse en el tiempo o en el espacio. Pero como el punto en el cual se detiene no es sino una magnitud finita, más grande solamente que todas las precedentes, apenas comienza él a vislumbrarla, vuelve la implacable pregunta, y siempre, sin que pueda imponer silencio a su curiosidad. De nada sirve responder: más allá hay espacio, tiempos y magnitudes sin límites. Nadie comprende estas palabras. Quien proclame la existencia de lo infinito, —y nadie puede negarla— acumula en esta afirmación más de lo sobrenatural de cuanto se contiene en todos los milagros...; porque la noción de lo infinito tiene este doble carácter: imponerse y ser incomprendible. En este momento de punzantes angustias, hay que pedirle gracias a la razón; todos los resortes de la vida intelectual parecen aflojarse, siéntese uno a punto de engolfarse en la sublime locura de Pascal. De esta noción positiva y primordial y de todas sus consecuencias en la vida de las sociedades, prescinde arbitrariamente el positivismo.

.....

“La idea de Dios es una forma de la idea de lo infinito. Mientras el misterio del infinito pese sobre el pensamiento humano, se levantarán templos al culto de lo infinito... La ciencia y el anhelo de comprender, qué son sino el estímulo del saber que en nuestra mente pone el misterio del universo? Dónde están las verdaderas fuentes de la dignidad humana, de la libertad y de la democracia moderna, sino en la noción de lo infinito, delante de la cual todos los hombres son iguales?

“La grandeza de estas acciones humanas se mide por la inspiración que las hace nacer. Feliz aquel que lleva en sí un Dios, un ideal de belleza al cual obedece, ideal del arte, ideal de la ciencia, ideal de la patria, ideal de las virtudes del Evangelio. Son esas las fuentes vivas de los grandes pensamientos y de las grandes acciones: y todas ellas se iluminan con los reflejos de lo infinito”.

Ninguno se hallaba más penetrado que Pasteur de la idea que las investigaciones sobre la causa primera de las cosas no son del do-

minio de la ciencia, y que ésta solo conoce las causas segundas, los fenómenos. Y muy pocas existencias tan fecundas en bienes para la humanidad como la de este sabio cristiano que ha sido llamado el **Defensor del Género humano**.

Todas estas circunstancias han obrado en el ánimo de las eminentes directivas que presiden los destinos de esta Pontificia Universidad, para otorgaros, Señor Doctor Posada, el título de Doctor honorífico. Porque como dice la Sabiduría, invocásteis su espíritu y vino a vos y la preferisteis a las riquezas porque todo el oro, respecto de ella no es sino menuda arena; y en su comparación la plata será tenida por lodo. Porque la aprendisteis sin ficción, y la comunicásteis sin envidia y no encubristeis su valor.

Por esta consagración tan oportuna, a la cual me he asociado de la manera más efusiva y sincera, os felicito; y felicito a la Universidad Bolivariana que así estimula a la juventud que está educando, y pone un sello más de enaltecimiento perdurable a vuestra noble ancianidad.